

Las aulas como Comunidades de aprendizaje

Los avances en la teoría y la investigación psicológica y educativa han llevado a cuestionar las premisas y las prácticas de la enseñanza tradicional, y a plantear formas alternativas de organizar el trabajo en las aulas más adecuadas para promover que los alumnos puedan encontrar sentido a lo que han de aprender en la escuela. Es en este contexto en el que hay que situar la propuesta de transformar las aulas en Comunidades de aprendizaje

Javier Onrubia

**Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación
Universidad de Barcelona**

Las Comunidades de aprendizaje son contextos en los que los alumnos aprenden gracias a su participación e implicación, en colaboración con otros alumnos, con el profesor y con otros adultos, en procesos genuinos de investigación y construcción colectiva de conocimiento sobre cuestiones personal y socialmente relevantes.

La premisa básica en que se apoya la idea de las aulas como comunidades de aprendizaje es la consideración de que el aprendizaje individual es, en buena medida, inseparable de la construcción colectiva de conocimiento, y que tal construcción colectiva constituye el contexto, la plataforma y el apoyo básico para que cada alumno pueda avanzar en su propio conocimiento. Esta premisa se apoya en la convicción de que el aprendizaje es un proceso intrínsecamente social, basado en la interacción y cooperación entre las personas, y que pasa, en buena parte, por la participación junto con otros más expertos en situaciones reales en las que se pone en juego y se utiliza de manera funcional y auténtica el conocimiento.

En las aulas que se estructuran como Comunidades de aprendizaje se entiende que el conocimiento de la comunidad es esencialmente colectivo

De acuerdo con esta premisa, la actividad de las aulas que se estructuran como comunidades de aprendizaje no se organiza, como en las aulas tradicionales, en torno a la transmisión por parte del profesor de determinados contenidos preestablecidos, sino en torno a procesos de investigación sobre determinados temas previamente consensuados entre profesor y alumnos, y que profesor y alumnos abordan de manera conjunta y colaborativa. Estos procesos pueden tomar formas concretas diversas, como la elaboración de proyectos, el análisis de casos, la resolución de situaciones-problema o la preparación de productos que serán presentados públicamente.

Más allá de su forma concreta, lo esencial es que estos procesos remitan a situaciones, actividades y tareas auténticas y relevantes para los participantes: auténticas, en el sentido de que se asemejan, en el mayor grado posible, a las situaciones, actividades y tareas en las que, fuera de la escuela, se requiere y utiliza el conocimiento de que se trate; y relevantes, en el sentido de que remiten a problemas o temáticas culturalmente valoradas y a las que los alumnos pueden atribuir igualmente una importancia y un valor personal.

El carácter auténtico y relevante de las situaciones, actividades y tareas basadas en los procesos de construcción colaborativa de conocimiento que se llevan a cabo en las aulas que se estructuran como Comunidades de aprendizaje se concreta en toda una serie de rasgos que definen la actividad en este tipo de aulas, y que se distinguen radicalmente de los rasgos que caracterizan típicamente la actividad en las aulas tradicionales.

Así, en un aula organizada como una comunidad de aprendizaje, profesor y alumnos abordan habitualmente tareas globales y complejas, cuya resolución exige utilizar de manera combinada conocimientos de diversos tipos y dominios y habilidades de diversa naturaleza; que simulan, reproducen o se aproximan a situaciones reales significativas y con sentido para los alumnos; que realizan durante períodos largos de tiempo; que incluyen diversas posibilidades y alternativas de resolución, y que permiten y obligan a los alumnos a desarrollar procesos constantes de toma de decisiones; que pueden tener más de una solución final, y que estimulan, fomentan y valoran la importancia de elaborar, argumentar y justificar las soluciones propuestas; que permiten y alientan el trabajo colaborativo entre alumnos y con el profesor, y exigen procesos constantes de diálogo, interacción y comunicación entre profesor y alumnos y entre los propios alumnos; que hacen un uso extensivo de diversas formas e instrumentos de ayuda, tanto del aula como de fuera de la misma –por ejemplo, personas expertas externas al aula, o recursos del resto de la escuela o de la comunidad más inmediata en que se la escuela inserta; y que combinan sistemáticamente diversos formatos de organización y agrupamiento de los alumnos dentro del aula.

Estas características, además, se extienden desde las actividades de enseñanza y aprendizaje hasta las actividades de evaluación, que aparecen, por tanto, integradas en el propio proceso de investigación y construcción de conocimiento que desarrolla la comunidad.

En este marco, las aulas como Comunidades de aprendizaje presentan dos características adicionales que las separan, de nuevo de manera clara, de las aulas tradicionales y que resultan, a nuestro juicio, de especial relevancia. La primera es la consideración de la diversidad de los alumnos no como un obstáculo para el aprendizaje, sino como un recurso esencial para favorecerlo. En efecto, y a diferencia de lo que ocurre en un aula tradicional, en la que resulta esencial que todos los alumnos aprendan el mismo conocimiento de la misma manera y al mismo tiempo, en las aulas que se estructuran como Comunidades de aprendizaje se entiende que el conocimiento de la comunidad es esencialmente colectivo, que está distribuido entre los distintos miembros de la misma, y que cada alumno puede contribuir desde capacidades y conocimientos diversos a la construcción colectiva del conocimiento de la comunidad (de forma similar a cómo en un equipo de investigación o en el rodaje de una película cada miembro del equipo colabora en el trabajo colectivo desde su particular especialidad y competencia). Desde esta perspectiva, la diversidad de los alumnos pasa a constituirse en un recurso fundamental para el aprendizaje, porque la mejora de la comprensión colectiva requiere necesariamente las diversas aportaciones, competencias y saberes de los diferentes alumnos, y porque es en la relación y colaboración con otros que son distintos donde los alumnos pueden aprender lo que constituye el núcleo mismo de la posibilidad de existencia y progreso de la comunidad: la capacidad de convivir, trabajar y aprender con otros.

La segunda de estas características es la promoción de un aprendizaje autónomo y autorregulado por parte de los alumnos, de manera que éstos asumen en un grado mucho mayor que en las aulas tradicionales la responsabilidad de planificar, controlar y valorar su propio proceso de trabajo y su propio aprendizaje. La asunción de esta responsabilidad por parte de los alumnos es necesaria por cuanto, en este tipo de aulas y dadas las características de las actividades que en ellas se desarrollan, es habitual que diferentes

alumnos estén desarrollando simultáneamente tareas distintas, y que el profesor no pueda supervisar ni participar de manera directa en un mismo momento en todas ellas.

Las características señaladas -de forma necesariamente breve y esquemática- justifican, a nuestro juicio, el interés que, tanto desde el punto de vista teórico como práctico, tiene la propuesta de transformar las aulas en Comunidades de aprendizaje en las que profesor y alumnos aprenden gracias a, y en el marco de, procesos auténticos de construcción colaborativa de conocimientos acerca de los contenidos escolares.

Impacto limitado

El impacto de la propuesta de Comunidades de aprendizaje en la realidad de nuestras aulas es, con todo y en este momento, aún muy limitado, y la mayoría de experiencias realizadas en este sentido forman parte de proyectos pioneros de innovación y mejora de la enseñanza en los que colaboran de manera estrecha profesores e investigadores educativos.

Los resultados que van ofreciendo estas experiencias, en cualquier caso, reafirman que, cuando se dispone de los recursos, la orientación y el apoyo adecuados, es posible transformar de manera radical la realidad de las aulas, convirtiéndolas en espacios que promueven, simultáneamente, la inclusión de todos los alumnos, la construcción de valores compartidos y la excelencia académica.